Juan de la Plata

EL FLAMENCO

QUE YO HE VIVIDO

La primera vez que escuché cantar flamenco, debió ser en el verano del año 1936, poco antes de la guerra civil española. Había cumplido yo los cuatro años de edad y recuerdo cómo todas las noches, con la fresca, algunas personas se sentaban en los veladores del bar "Alegría", frente de la casa de mis padres, en la calle Corredera de Jerez, para escuchar a los cantaores de moda, Vallejo, Cepero, Centeno y algunos otros, en viejas placas de pizarra, que hacían sonar en una gramola, colocada sobre la ventana de dicho establecimiento de bebidas y, cuyo sonido, se podía percibir nítidamente desde los cierros y balcones abiertos de mi domicilio.

Cuando estalló la guerra, mis padres me llevaron a mis hermanos y a mí al campo de mis abuelos, en la carretera de Cartuja, y ya no volví a tener nuevos contactos con el flamenco, más que a través de los receptores de radio, cuando de vez en cuando ponían alguna placa de cante, que eran más o menos las que ya conocía. Durante la guerra yo había caido enfermo con septisemia y, al terminar la contienda, en 1939, nos fuimos a vivir a la calle Ancha, en pleno barrio de Santiago, donde mi padrino, el taxista Mariano Martínez, nos llevó a casa una gramola de maleta y una buena colección de placas, entre las que había de todo, especialmente cante flamenco. Tenía yo siete años y muchas horas me las pasaba escuchando cantar a Cepero, Marchena, la Niña de los Peines, Manuel Torre, El Gloria, Chacón, Centeno, etc., cuando no a Marcos Redondo o a Carlos Gardel que eran, entre los que no cantaban flamenco, los que más me gustaban. Tanto es así que, junto a algunas coplas flamencas, me aprendí la famosa canción "Amapola", que interpretaba Marcos Redondo, y más de un tango gardeliano.

"CASA CANALEJAS"

Debajo de mi dormitorio, situado en la planta principal de la casa número 18 de la calle Ancha, estaba --y aún existe hoy día, algo cambiado y sin el sabor que tenía entonces-- el célebre tabanco de "Canalejas", donde diariamente solían parar gitanos cantaores que, por menos y nada, organizaban sus propias juergas, en las que yo muchas veces me colaba, cuando no las escuchaba perfectamente desde mi propia habitación. Estas juergas, especialmente si era sábado, domingo o festivo, duraban hasta bien entrada la madrugada, y en ellas cantaban y bailaban muchos gitanos, algunos de ellos afamados ar-

tistas, que yo fuí conociendo más adelante, tratándoles personalmente y haciendome amigo de ellos.

Recuerdo que los gitanos se sentaban alrededor de dos o tres mesas grandes de pino, sobre cuyas tapas solían hacer son con los nudillos, cantando y bailando, formando corro, mientras bebían un vino bastante barato y comiendo aceitunas aliñás que, por cierto eran las mejores aceitunas aliñadas que yo he comido en mi vida. En este tabanco y en estas juergas, que frecuenté en muchísimas ocasiones, a lo largo de los años cuarenta, e incluso en las décadas posteriores de los cincuenta y sesenta, cuando ya no habitaba en la misma casa, que dejamos en 1949 para mudarnos a la Barriada de la Plata, tuve ocasión de entablar amistad y escuchar cantar muchísimas veces a Tío José de Paula y a su hermano Ramón, al Sernita, al Borrico, al Sordera, a Fernando Terremoto, niño apenas --muchas veces subía a mi casa, con una lata, para que se la llenáramos de comida, a cambio de echarse un bailecito, a petición de las vecinas; eran los malos años de la jambre, que siguieron a la guerra--, a Manolito Jero y a tantos otros que cantaban o bailaban maravillosamente, aunque nunca se dedicaran a ello profesionalmente. Entonces Terremoto no cantaba todavía, tan solo bailaba muy bien por bulerías, acompañándose generalmente del cante de su amigo de la misma edad, al que llamaban El Sipote, que cuando se hizo hombre emigraría a Sevilla, dedicándose al cante con el nombre artístico de Romerito de Jerez.

"LA PANDERETA", "LA FABRICA"
Y EL TABANCO DEL MURO

Frente de casa, había un pequeño bar que llamaban "La Pandereta", y allí tambien paraban grupos de gitanos que cantaban y bailaban, generalmente por bulerías, como ocurría en Casa Canalejas. Otro santuario flamenco era el bar "La Fábrica", en la cercana calle de la Justicia, al que dedicaré mayor espacio por su importancia y, tambien, el popular tabanco del Muro, a la entrada de dicha calle, donde escucharía muchas veces al viejo Perico el Tito, padre de mi amigo el cantaor Manolo Valencia, y al joven Remache, al que todos señalaban como una futura gran figura, que habría de malograrse por culpa del vino y que murió joven y enfermo. Con Remache me unió una gran amistad y nos apreciábamos mutuamente. Poco a poco fué perdiendo la voz, debido a una ronquera que se le hizo crónica.

Un querido amigo de aquellos años juveniles, con el que yo comencé a frecuentar estos lugares de cita flamenca, era Juanele Calle, que vivía detrás de mi casa, en la calle Juan de Torres, sobre otro bar de mucha solera flamenca, como era "La Moderna de Santiago", aunque aquí era muy raro que se organizara una juerga, pues el dueño era hombre de carácter raro y poco amigo de escándalos. No obstante, aquí paraban muchos artistas, entre ellos el bailaor Paco Laberinto, que solían entrar para tomar café, más que nada, o iban para limpiarse los zapatos por los betuneros que hacían de este lugar su punto de trabajo, más que nada los domingos y festivos.

Con Juanele Calle, o ~~tambien~~ con Miguelín Racero, vecino mío, que iba a mi mismo colegio, frecuentaba yo también las casas de algunos jovenes amigos gitanos de la calle Nueva o Cantarería, donde asistíamos a fiestas de boa, pedimentos o bautizos. Fiestas a las que dedicaré un amplio capítulo, más adelante. Ahora quiero redordar aquí lo bien que cantaba Juanele, que se especializó en la soleá, llegándola a conocer profundamente y a dominarla en todas sus facetas y variantes. Hoy día, como artista amateur, Juanele Calle suele participar en algunos festivales y recitales de peñas, especialmente en Madrid, a donde marchó recien casado, por cuestiones de su trabajo como funcionario civil del Ejército del Aire, anunciándose en carteles y programas como Juanele de Jerez. De todos mis amigos, no gitanos, ha sido el que más me ha llegado cantando y con el que pasé más horas de juerga en los ya lejanos años de nuestra juventud.

Miguelín era más bailaor que cantaor, aunque decía muy bien los fandangos de Huelva, de los que conocía un amplio repertorio. Este amigo mío podía haberse dedicado al flamenco, si hubiera querido, pero le tiraba más el mundo de los toros, aunque no llegó nunca a torear. También se marchó de Jerez, todavía joven, y anduvo por toda España viajando como representante de una casa de bebidas francesa. Mientras, en 1947, yo comenzaba a hacer mis primeras armas en el periodismo, recien cumplido los quince años y, naturalmente, ello me daba excusa para volver bastante tarde a casa. Muchas veces, cuando dejaba la redacción del periódico "Ayer", en el que estuve escribiendo hasta 1954, solía frecuentar algunos lugares donde se celebraban juergas flamencas y, uno de ellos, no era otro que el bar "La Fábrica", de la calle de la Justicia, al que me he referido antes.

Aquí recalaban a primeras horas de la madrugada, de vuelta de otros lugares, especialmente procedentes de la "Venta Maribal" y de "Casa Ben-

jamín", en el Paseo de Capuchinos, los cantaores El Troncho y El Batato, cantaores no gitanos que eran dos extraordinarios maestros por todos los estilos. Del Troncho, recuerdo muy especialmente sus malagueñas de Chacón, que bordaba como nadie, y de El Batato, sus magníficas alegrías, así como su buen arte bailando. De este cantaor se decía que tenía un hermano menor, llamado El Batato Chico, que había emigrado a América, del que nunca llegué a saber nada, pero del que recuerdo que era citado por el escritor y flamencólogo Tomás Borrás, en un artículo publicado en el semanario "El Español", de Madrid. En este artículo, aparecía una fotografía de "El Batato Chico", vestido de marinero, en posición de baile. Es lo único que conseguí saber de este artista, que nadie más ha mencionado.

Tambien paraban en "La Fábrica", el Borrico, Laberinto, Manolo Valencia --tambien conocido por El Diamante Negro--, Sernita, y los guitarristas Juan Morao, Fernando de la Rosa --primo segundo mío, que murió muy joven, cuando más se esperaba de su arte de gran tocaor-- y el jovencito Paco Cepero, que estaba en sus comienzos como sonantero.

Aquí se formaban, espontáneamente, muchas fiestas, entre artistas, aunque lo normal era que se hablara de cante y se gastaran bromas o se recordaran anécdotas o historias de artistas ya desaparecidos.

Pero, aparte de los artistas que aquí solían reunirse, por "La Fábrica" tambien solían aparecer tres tipos muy curiosos de la noche jerezana, que no eran artistas, pero que cantaban o bailaban, como El Zopito, El Güeca de banquilla, y El Pato. El primero de ellos, viejo zapatero, era un perfecto conocedor de todos los cantes. A él tuve yo ocasión de escucharle cantar las mejores seguiriyas que he oido en mi vida. Sobre todo, en una noche memorable, no en "La Fábrica" sino en otro lugar, en un salón trastero del desaparecido "Bar Las Angustias", que era propiedad de un montañés llamado Fulgencio Meseguer, en la plaza del mismo nombre, esquina a Levante.

Recuerdo que en esta reunión me acompañaba otro amigo mío, de mi misma edad, llamado Pepillo, que vivía en la plazoleta de Mirabal, en mi mismo barrio de Santiago, y que era por entonces novillero. Juntos escuchamos aquella noche al Zopito, que era un hombre que tenía los pies zambos y que andaba ayudandose de un bastón. Cantó una impresionante letra por seguiriyas que, a pesar de los años transcurridos, no he podido olvidar. Una seguiriya que luego he oido muy pocas veces y, nunca, por supuesto superada. Decía así:

Moritos a caballo,
cristianitos a pie;
cómo ganaron la casita santa
de Jerúsalén.

~~OTROS CENTROS DE~~
~~REUNIONES FLAMENCAS:~~ "EL CALLEJON" DE LOS MACARRA

En la década de los años cincuenta, además de los mencionados, había otros lugares donde solían ~~formarse~~ celebrarse juergas. Por ejemplo, en el bar "El Callejón", ya desaparecido hace algunos años, que tambien contaba con despacho aparte, a la calle, de freiduría de pescado, cuyos dueños eran los hermanos Macarra. Manuel y José, que eran bastante serios, atendían el mostrador del bar, que estaba al final de un largo pasillo o callejón. A la izquierda de este mostrador, recuerdo que había uno o dos camarotes, o reservados, para juergas privadas.

Los Macarra, eran gitanos de Santiago. Luis, que era quien atendía el precioso freidor de pescado, cuyo despacho al público se efectuaba a través de un ventanal, sobre un balconcillo, era un tipo de una gracia extraordinaria, y más conocido como el célebre "Jorobao Macarra". Llamaba la atención de los peatones que transitaban por la calle Lancería, donde estaba el freidor de "El Callejón", una gran ~~foto~~ fotografía de Joselito El Gallo, el hijo de la señá Gabriela, sobre una soberbia cabeza de toro, que mató Manuel Lara "El Jerezano", extraordinario matador de toros de Jerez, fallecido en la ciudad mejicana de Veracruz.

En "El Callejón" fué donde tuve ocasión de escuchar cantar un par de veces, si acaso, a principios de los cincuenta, a Tomás Torre ~~el que sería~~ el padre de mi mujer, a la que conocí tres años después de que éste hubiera fallecido en 1955. Tomás, al que tambien conocían por Juan Torre, como su padre y su abuelo, era sobrino carnal del gran Manuel Torre, ~~y conocía~~ y hacía perfectamente todos los cantes de su tío, con el que se había criado, en casa de su abuela, al morir su madre siendo muy niño. De aquellas ocasiones, en que escuché cantar a mi suegro Tomás Torre, tengo un velado recuerdo, pero creo que le escuché por soleá y por seguiriyas. Y ~~hasta recuerdo que,~~ en otra ocasión, en la que había mucha gente en la juerga, me parece haberle visto bailar por bulerías, cosa que hacía muy bien, en medio de un gran corro.

De mi suegro, apenas si tengo otros recuerdos que el de verle pasar diariamente por mi calle, camino de su trabajo en el ~~Mercado~~ la Plaza, o en dirección a su casa de la calle Barreras 13, frente al que fuera cine Santiago, cada verano. Pero me parece que coincidí con él en más de una ocasión, en las juergas que, casi a diario, solía organizar el rico aficionado don José Cantos Ropero. Tambien le escuché can-

tar una saeta, el último año que lo hizo, a la recogida de la procesión de Nuestro Padre Jesús del Prendimiento, desde un balcón de la casa del llamado Almacén de la Fuente, en la plaza de Santiago. La saeta era la gran especialidad de este notabilísimo cantaor, al que injustamente muchos han silenciado no sabemos por qué, aunque lo intuímos, y sobre el cual trataremos de volver más adelante, porque su odisea personal creemos que así lo merece.

Hablar con Tomás Torre creo que sólo tuve la fortuna de hacerlo en una ocasión, para pedirle que actuara en un festival benéfico que organicé, en favor del anciano guitarrista Javier Molina y, por razones que me dió, y no recuerdo ahora, no pudo hacerlo. De este festival me ocuparé, tambien, en el capítulo que dedico más adelante al gran maestro de la guitarra flamenca Javier Molina.

LA "VENTA SAN JOSE" Y
LA DE BENJAMIN

En mis años juveniles, saliendo del casco urbano de la ciudad, había dos ventas que servían de cita a los amantes del flamenco. Especialmente a quienes podían pagarla, que eran normalmente los señoritos de las bodegas jerezanas. Estas ventas eran la llamada de "San José", en el Parque González Hontoria, frente al recinto de la feria de Jerez, y la antigua venta de "Benjamín", o "Casa Benjamín", que estaba a la derecha del Paseo de Capuchinos, hasta que pasó a instalarse, años más tarde, en los jardines de La Rosaleda, dentro del citado parque, donde aún subsiste.

La "Venta San José", que luego pasaría a denominarse "Venta de Maribal", era propiedad de María Barea Lobatón, antigua tanguista o cabaretera, que en su juventud actuó con el sobrenombre artistico de Mari-Bal. Tenía barra de bar y salón, donde algunas veces se ofrecían atracciones frívolas y las actuaciones de orquestas de baile con vocalista, por lo que tenía pretensiones de cabaret y, desde luego, fué el único local que cumplió esta función, en Jerez, hasta que aparecieron las discotecas.

En esta venta, a la que solían acudir los señoritos y comerciantes adinerados, había tambien mujeres de alterne y la barra estaba regentada por una tal Pepita Calabozo, mano derecha de Maribal, que manejaba el negocio como nadie, auxiliada por el eficiente camarero Antonio Barba "Antoñirri", que había sido y era bailaor. [redacted] Aquí paraban varios artistas flamencos, a la espera cada noche de los juerguistas o <u>paganos</u> de turno. Entre ellos, podían encontrarse al Batato, al

Troncho, a Sernita, al bailaor Paco Laberinto y a los guitarristas, Manuel Moraíto y Luis Sanguiao "Palmita", muy jovenes entonces; además de a mi suegro Tomás Torre, que era un hombre que, por una promesa, no bebía nada en absoluto y al que Maribal tenía ordenado que, cada noche, nada más llegar, le prepararan un té.

En los años cincuenta, debido a mis muchas relaciones como periodista, tuve ocasión de asistir, en diversas ocasiones, a fiestas privadas celebradas en la "Venta San José" por amigos comerciantes o industriales, buenos aficionados al flamenco. ~~Entre~~ Éstos aficionados ~~era~~ tenían por norma no dejar acercarse a la reunión a ninguna mujer de alterne, que lo único que hacían, según ellos, era no dejar escuchar el cante y hacer que se consumiera más de la cuenta, ya que ~~lo que~~ estas mujeres solían beber ~~era~~ nada más que champán, que era la bebida más cara y, claro, una juerga flamenca no se concebía, en aquellos tiempos, si no era a base de vino de Jerez.

Como nota curiosa o anecdótica, puedo decir que los vinos de Jerez, que más solían consumirse en aquellas reuniones de aficionados y artistas flamencos, desde la postguerra hasta los años setenta, eran el "Fino Gaditano", el "Tío Pepe", el "San Patricio", "N.P.U.", "Marismeño", "La Ina" y "Carta Blanca". Y por los que gustaban de néctares jerezanos más fuertes y de más solera, el "Tío Diego", "Imperial", "Botaina" y "Río Viejo". ¡ Igual que ahora, que los flamencos sólo piden güisqui!

Respecto a la "Venta de Benjamín", tambien conocida como Casa Benjamín, ésta no era otra cosa que un kiosco acristalado y cerrado, de madera pintada de verde, atendido en el mostrador por su propietario el montañés Benjamín Fernández. Aquí solían venir gente de menos posibilidades económicas y artistas de menos nombradía, pero que por poco dinero podían ofrecer una buena fiesta de cante y baile. Como pasaba, un km. más arriba, en la llamada "Venta del Altillo". Al desaparecer, años más tarde, la "Venta San José", y cambiar "Benjamín" de ubicación, trasladándose a los Jardines de ~~El Bosque~~ la Rosaleda, el montañés asumió la clientela y artistas que, durante muchos años, Maribal había venido monopolizando. María Barea Lobatón fallecería, sobre 1985, en el Hospital Siquiatrico de El Puerto de Santa María, obsesionada por el temor a que le robaran las muchas joyas y alhajas que atesoró en ~~vida~~ su dilatada vida.

Su clientela se la repartió "Benjamín" con la Venta "La Pañoleta", de Antonia la Bizca, ________, que no era otra cosa que una caseta

permanente, de mampostería, montada en el recinto de la feria jerezana y, donde era fama que todo el que entraba allí salía atracado. Aquí estuve yo en diversas ocasiones, y tambien en "El Altillo", recordando sendas fiestas que voy a relatar.

"EL ALTILLO", "LA PAÑOLETA" Y LA "VENTA DE VARGAS"
en el año 19

Con ocasión del rodaje/de ciertas escenas, para la película "Duende y misterio del arte flamenco", que su director el escritor y gran aficionado Edgar Neville,realizó en determinados escenarios de la provincia de Cádiz, una noche tuve ocasión de asistir a una fiesta organizada por el cineasta, en la Venta "El Altillo".

Entre los asistentes, se encontraban la actriz Conchita Montes y la bailaora Mari Luz Galicia, que tomaba parte en la película, y no recuerdo exactamente si tambien estaba el bailarín Antonio, principal protagonista del filme. En la fiesta participaron artistas jerezanos y tambien la propia Maria Luz, que era una mujer hermosísima, de gran belleza, a la cual entrevisté para una revista. Esta mujer, realmente deslumbrante, dejaría de bailar años después y dejé de tener noticias de su paradero.

La otra fiesta, a la que me referiré, tuvo lugar en "La Pañoleta", en el año 1959 al regreso del festival celebrado en el Teatro Falla de Cádiz, a beneficio del cantaor Benito Rodriguez Rey (Beni de Cádiz), que sufría una gravísima enfermedad y del que, incluso, algunos periódicos llegaron a publicar la noticia de su muerte.

Este festival había sido organizado por el matrimonio de grandes cantaores flamencos, Pastora Pavón (Niña de los Peines) y Pepe Pinto, con la colaboración de Antonio Mairena, La Perla de Cái, Fernando Terremoto, María Vargas, Moraito de Jerez,La Paquera y otros muchos celebrándose la noche del viernes 11 de diciembre de 1959.

Antes del festival, en el que yo colaboré reclutando artistas jerezanos, junto con el buen aficionado Gabriel Cuñado, estuve visitando al enfermo en su casa gaditana de la calle de Hércules y, a la terminación del festival, que fué un grandioso éxito de público y artistas, El Pinto, Pastora, La Perla, Mariquita Vargas, Mairena, y otros artistas y aficionados, que regresábamos a Jerez y a Sevilla, nos paramos en la célebre Venta de Vargas, en la que por cierto yo entraba por primera vez, y en la que me ocurrió una anécdota que no viene ahora al caso, pero que me granjeó una magnífica amistad con el ventero, Juan Vargas, hombre muy entendido en flamenco, hermano del cantaor gaditano Manolo Vargas y amigo íntimo de Manolo Caracol.

Allí pasamos varias horas muy a gusto. Cantó Pastora, como ella sola sabía hacerlo y cantaron todos los demás, especialmente Mariquita Vargas, a la que el grupo de Jerez habíamos llevado, y a la que la gran Pastora tenía muchísimo interés en escuchar, dándole toda clase de consejos para su futuro artístico, ya que estaba empezando todavía por aquellas fechas, tras su descubrimiento por mí, en el mismo año 1959, en una fiesta que organicé en la Plaza de Mirabal, con motivo de la verbena del patrón del Barrio de Santiago, y a la que llevé a cantar, en diciembre de ese mismo año, al Teatro Villamarta, junto con Mairena, Juan Talega, La Perla, y otros artistas ya consagrados, con motivo del festival organizado por mí, como director de la Cátedra de Flamencología --de la que trataré extensamente, más adelante--, el día que el Ayuntamiento jerezano colocó sendas placas conmemorativas, en las casas donde nacieron los genios flamencos Manuel Torre y Javier Molina, lo que supuso todo un acontecimiento de singular importancia para el mundo flamenco.

Ya casi con las claras del nuevo día, finalizó el inolvidable rato pasado en la Venta de Vargas, en la grata compañía de tan extraordinarios artistas y amigos, reanudándose la marcha por carretera, unos para Sevilla, otros para Jerez. Este último grupo se dirigió a la Venta "La Pañoleta", nada más llegar a la ciudad jerezana y allí, a puerta cerrada, hasta bien avanzado el día, continuó la fiesta, en la que cantaron y bailaron María Vargas, su padre Manuel, Moraíto de Jerez, que tocó la guitarra, cantó y bailó realmente entusiasmado, Tío Manuel Parrilla y otros artistas que nos acompañaban y que ya no recuerdo.

De esta reunión, tan amigable, tan flamenca, en la que únicamente estábamos como aficionados pasivos el bueno de Gabriel Cuñado y yo, tengo una memoria imborrable, pero no estoy seguro si estuvieron en ella Terremoto y La Paquera, que tambien fueron con nosotros a cantar a Cádiz, a beneficio del Beni. Sí sé que Cuñado sacó una caja de gambas que le habían relagado en la Tacita de Plata y de la que dimos pronta cuenta, así como de las demás viandas y abundantes bebidas que nos sirvió Antonia "La Bizca", la dueña de "La Pañoleta", que tambien bailó en la fiesta. Otra cosa que recuerdo es la copla que repetidamente cantó Manolo el Morao y que todos coreamos:

Ya están aquí,
ya están aquí,
los gitanitos
del Albaicín.

¡Ay, mare, tengo alegría,
ay, mare, tengo alegría,
porque veo de vení
al hombre que más quería!

Ya están aquí... (etc.)

OTROS CENTROS DE
REUNIONES FLAMENCAS

De esa época recuerdo que había en Jerez muchos sitios donde poder reunirse y pasar un rato escuchando buen cante y buen baile flamenco. En numerosas ocasiones estuve en el ventorrillo que Tío Parrilla tuvo, ante la puerta principal de la plaza de toros jerezana, donde estaba de camarero su primo El Morao, padre de los guitarristas del mismo apodo, que cantaba muy bien y al que, es fama, que Manolo Caracol gustaba de escuchar ~~para aprender~~ sus magníficas bulerías.

Detrás de la plaza, donde hoy existe la barriada La Constancia, a la puerta de la huerta del mismo nombre había otro ventorrillo, con un emparrado, donde mis amigos y yo pasábamos muy buenos ratos en las noches de verano. Pero aquí eramos nosotros los protagonistas de las fiestas. Quiero decir que como éramos jovenes y no podíamos permitirnos el lujo de pagar artistas, nosotros cantábamos y bailábamos, acompañados casi siempre de aficionados que más tarde se harían profesionales. Los guitarristas, en estas ocasiones, bien aquí o en otros lugares de reunión, eran siempre mis buenos amigos Manolo Ferrer y Manolo Otero.

Estos mismos amigos nos solíamos reunir, igualmente, en el llamado "Tabanco del Duque", que existe todavía junto al fenecido cine"Astoria", en la calle Juana de Dios Lacoste. Tambien, en "Casa Juan", en la plaza Rafael Rivero y, más tarde, en "La Valdepeñera", propiedad de otro montañés llamado Manuel Garaña Feijoo, que durante algunos años ~~llevó~~ regentó Tío Parrilla, y donde celebramos muchas reuniones de cante y baile, a puerta cerrada.

Aquí me reuní tambien, en otras ocasiones, con don José Cantos, al que nunca le faltaba su buen grupo de cantaores, y aquí celebré yo, una gran fiesta, la noche que colocamos las placas conmemorativas en las casas natales de Manuel Torre y Javier Molina, después de que finalizara el grandioso festival que celebramos en el Teatro Villamarta.

5/Bas "las Toreras"

A esta fiesta asistieron todos los artistas que habían tomado parte en el mencionado festival. Es decir Juan Talega, Tomás el hijo de Manuel Torre, Antonio Mairena, La Perla de Cái, Mariquita Vargas

y un grupo muy numeroso de familiares y amigos de los citados artistas, que no pararon de cantar y bailar, hasta que llegaron las claras del día.

Otros sitios de reuniones flamencas eran, ocasionalmente, el "Café Madrid", en la calle del Sol; "La Parra Vieja", en la calle de San Miguel; la "Venta del Moro", en la carretera de Arcos; la venta de "Los Cuatro Caminos", muy frecuentada entonces por señoritos juerguistas; los tabancos de "Zambomba" y "El Cantábrico", en la calle Pañuelos; la venta "El Caracol", en la ronda del mismo nombre, y el ventorrillo de "La Bolola", en los alrededores de "El Portal, a donde fuí algunas veces, tan sólo por escuchar a su dueña, Rafaela la Bolola, que cantaba como los propios ángeles, y que era un manantial de agua cristalina, en cuanto a pureza. (1) La última vez que estuve en casa de La Bolola, recuerdo que fué cuando llevé allí a las hijas de Manuel Torre, María y Amparo, en el centenario de su padre, en 1978, entablándose una de las juergas más gratas en las que, a lo largo de mi vida de aficionado, he participado. Cantaron cuatro mujeres únicas y extraordinarias, como eran las hijas de Manuel, La Bolola y mi cuñada Dolores Torre, prima de las primeras; además de mi cuñado Tomás y mi sobrino Fernando Torre, bailando genialmente por bulerías, el padre de éste, Pepe Torre. Fué un día inolvidable, el último en que logré reunir a toda la familia de los Torre, de Jerez y de Sevilla, en una autentica eclosión de arte y de gracia gitana. La Bolola y su marido Fernando Batacazo, ya desgraciadamente fallecidos, eran los padrinos de pila de mi sobrino Fernando y, por lo tanto, compadres de mi cuñado Pepe Torre, que tambien falleció años más tarde, en diciembre de 1986. Este no era artista, pero bailaba con todo el angel del mundo, con aquella magnífica estampa gitana que poseía, cada vez que se le presentaba ocasión de hacerlo en familia o entre amigos.

(1) punto y aparte.

LA AFICION DE MI PADRE
Y LAS FIESTAS EN MI CASA

Antes de seguir adelante, en estas memorias flamencas, ahora quiero hablar de la gran afición de mi padre por el ~~flamenco~~ cante —afición que sabiamente supo inculcarme— y de las numerosas fiestas que organizaba en casa, especialmente durante el periodo de diez años que vivimos

en el barrio jerezano del Arco de Santiago, en la calle Ancha número 18, en los altos del célebre tabanco de"Canalejas", como ya he dejado dicho anteriormente, entre 1939 y 1949.

Los fines de semana, mi padre se solía reunir con dos aficionados de solera, e íntimos amigos, como eran los carniceros Antonio el Bombo y Campito. Con ellos, reclutaba un buen grupo de cantaores y se los llevaba a casa, recalando primero en"Casa Canalejas" y subiendo luego al piso, para continuar la fiesta, hasta cerca de la media noche.

En estas reuniones, los artistas eran considerados como lo que efectivamente eran, como unos amigos, no faltando nunca el mejor vino y el más abundante tapeo. Y empezaba la ronda de cantes, en las que solían participar Tío José de Paula, su hermano Ramón, El Troncho, El Morao --padre como he dicho de los guitarristas, pero no guitarrista él mismo, como erroneamente dice en su libro Manuel Cano--, Tío Perico el Tito, Cabeza y otros gitanos viejos, muchos de ellos desconocidos para mí, y cuyas caras se me han desdibujado con el paso de los años.

Lo que sí recuerdo era que mi padre me mantenía entre sus piernas, o subido a sus rodillas, y allí, en aquél enorme salón-comedor de casa, rodeando la gran mesa de caoba del mismo --que aún conservo como una reliquia flamenca--, en la que no faltaba nunca ni el buen chorizo de Cantimpalo, ni las abundantes botellas de "Botaina", que era el vino que bebían mi padre y sus amigos, sólo se cantaba de bulería para escuchar, para arriba. Es decir, por soleá, por seguiriyas y martinetes. Raramente se daba entrada a un guitarrista, en estas reuniones, en mi casa, por lo que era impresionante ver a todos aquellos hombres hacer son con sus nudillos, al mismo compás, sobre la caoba de la mesa, mientras uno de ellos cantaba con voz desgarrada.

Mis ojos de niño, y más tarde de jovencito, lo recogían todo, con verdadero asombro y deleite. Se cantaba y se hablaba de cante y de los grandes maestros. Se contaban anécdotas y se narraban sucedidos graciosos. Yo estaba siempre presente y no perdía detalle de lo que escuchaba. Esta fué mi primera academia, mi primera peña flamenca, la gran cátedra donde aprendí a escuchar y a distinguir el cante, de la mano de mi padre, que fué un exigente aficionado y un inteligente conocedor de estilos y voces, destacando sobre todas la de su viejo amigo Tío José de Paula, imprescindible en estas reuniones, y del que ya dije en mi libro "Flamencos de Jerez" (Jerez, 1961), que tenía la voz de vino dulce, especialmente diciendo los cantes por soleá y por seguiriya.

LOS ESPECTACULOS FLAMENCOS
DE LA POSTGUERRA. MANOLO CARACOL.

Los espectáculos flamencos más antiguos que yo recuerdo, eran los que actuaban en la plaza de toros de Jerez, a donde solían venir <u>troupes</u> en las que figuraban Manolo Vallejo, Centeno, Palanca, El Cojo de Huelva, Pepe Marchena, El Malagueño, La Niña de la Puebla, Escasena, el Niño de Barbate y otros cuyos nombres he olvidado con el paso del tiempo.

Era curioso observar, y a mí me llamaba mucho la atención, que casi todos estos espectáculos estaban encabezados por una veterana figura, bajo cuyo nombre, en los carteles, figuraba aquello de "decano del cante", como una garantía de calidad. Tambien recuerdo que más que por su cante, que nunca me gustó, el cantaor Pepe Marchena me llamaba siempre la atención por los muchos anillos que lucía en sus manos y por la habilidad conque solía mostrarlos al público, mientras cantaba, haciendo gala de sus famosos vibratos labiales.

Después vendrían por Jerez los célebres espectáculos de "Zambra", encabezados por Manolo Caracol, el gran ídolo de los aficionados jerezanos de la postguerra, para el que se formaban larguísimas colas, cada vez que se anunciaba en el enorme y magnífico Teatro Villamarta. Su emparejamiento artístico con mi paisana Lola Flores hizo que muchos gitanos empeñaran sus mejores prendas en el Monte de Piedad, con tal de poder adquirir una entrada, en múltiples ocasiones.

Fallecidos antes de la guerra, don Antonio Chacón y Manuel Torre, Manolo Caracol,-casado con la jerezana Luisa Gómez Junquera- que había sido siempre un cabal enamorado de los cantes de Jerez, vino a ocupar el sitio de aquellos, en los gustos de la afición, consiguiendo que el patio de butacas de Villamarta se llenara siempre de gitanos, carniceros y pescaderos, en su mayoría.

A Caracol y a Lola fuí a verles siempre que actuaban en mi tierra, pero nunca tuve oportunidad de que me lo presentaran. Estas &&&&&& &&& actuaciones terminaban siempre en juergas, que duraban dos o tres días, y una vez tuve ocasión de verlos de cerca, &&&&&& sobre 1949 o 1950, en una gran fiesta que se organizó en casa de mi vecino de calle, el matador de toros Bernardo Muñoz "Carnicerito de Málaga". Más adelante, pasados los años, cuando Caracol hubo roto con Lola Flores, vino por Jerez con su hija Luisa Ortega y, entonces, yo fuí a entrevistar a ambos, para el periódico en que trabajaba.

Recuerdo que en el camerino del Teatro Villamarta se encontraban, con Caracol, tres grandes aficionados y amigos suyos, el coronel Paz